

SI ME AMENAZAS, TE PEGO... Y SI NO, TAMBIEN

Xabier Lizarraga Cruchaga

El hombre es soluble en la naturaleza.

Jean Rostand

Tal vez al descubrir el *Homo sapiens* la mis-
midad, de la que construye la otredad, y al
darse cuenta de la temporalidad de su propia
existencia y de que no todo lo que hace se
relaciona directamente con su permanecer, sur-

ge una pregunta que se torna obsesiva a veces: ¿por qué habrá guerras? Porque es la forma más seria de conservar la paz, responde sin inmutarse Goyito Verde en *La farsa del amor comprado* del dramaturgo puertorriqueño Luis Rafael Sánchez.

En el tema "guerra" parece existir una constante: quienes inician una guerra y quienes responden bélicamente a las amenazas—reales o ficticias—, siempre tienen la razón. A lo largo de la historia podemos descubrir que una o varias buenas intenciones, y el humanismo están siempre

en la raíz de cualquier guerra... A principios de 1991 algunos titulares de periódicos dieron fe de ello: "Irak insistirá en la Guerra Santa para liberar Palestina",¹ "Misiles de EU para defender Israel",² "Los aliados seguirán adelante con la liberación de Kuwait: Washington",³ y así otros.

Humanidad y humanitario son conceptos que humanamente concebimos como loables, deseables, entrañables; y la guerra es exclusivamente humana, o cuando menos muy humana. Es una institución sociocultural, con un sustrato biopsicológico que invita a especulaciones y debates.

No son pocos los que, en función de que la guerra existe e implica una acción desordenadora, pretenden ver en ella *animalidad* y no *humanidad*. Al respecto, Mary Midgley apunta: "Tradicionalmente, los seres humanos se han congratulado a sí mismos por ser una isla de orden en un mar de caos. Lorenz y sus colegas han demostrado que todo esto es sólo una complacencia falsa".⁴

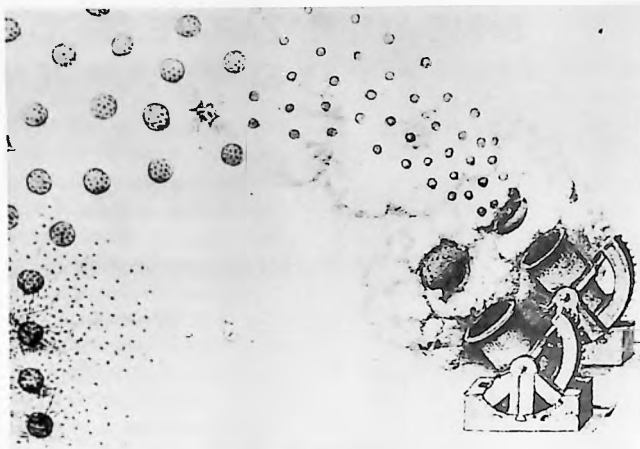
¹ *La Jornada*, 15 de enero de 1991.

² *Ibidem*, 20 de enero de 1991.

³ *Ibidem*, 2 de febrero de 1991.

⁴ Mary Midgley, *Bestia y hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 43.





El ya lugar común de “el hombre, lobo del hombre”, es una manifestación contundente de que por *humano* quiere entenderse o verse algo de lo que vanagloriarse, y aquello que se rechaza de *Homo sapiens*, tiende a considerarse *inhumano*, en este caso *lobuno*. Sin embargo, como atinadamente expresa la misma Mary Midgley:

*Siempre se ha considerado al lobo tal como lo ve el pastor en el momento de apoderarse de un cordero en medio del rebaño. Pero esto es igual que juzgar al pastor por la impresión que causa en el cordero cuando decide convertirlo en chuletas.*⁵

Académicamente, la guerra puede abordarse como objetivo de investigación, y por ende, ser estudiada desde muy diversos marcos teórico-metodológicos que subrayan como factor prioritario el devenir histórico o el devenir filogenético, las dinámicas sociopolíticas y económicas o las dinámicas de una biología.

Para Alexander Alland la guerra se significa como conflicto armado con una base social, por lo cual considera que:

*La organización bélica, las razones para combatir y los métodos empleados son casos especiales que dependen de factores culturales e históricos y no de algún conjunto inherente de demandas biológicas. [...] Las luchas entre grupos humanos socialmente definidos se basan en diversas motivaciones recurrentes bajo condiciones históricas distintas.*⁶

Mientras que para autores como Konrad Lorenz es una manifestación de *agresividad desviada*, en la medida en que la cultura llega a trastornar el equilibrio biológico... y argumenta que entre los animales el instinto abierto de agresividad es controlado a través de ritualizaciones comportamentales. Siguiendo la línea de Lorenz, subrayando el valor adaptativo

⁵ *Ibidem*.

⁶ A. Alland, *El imperativo humano*, editorial Extemporáneos, México, 1973, p. 163.

de la agresividad, pero centrándose en el ser humano, Irenäus Eibl-Eibesfeldt escribe:

Como en los animales, en el hombre la agresión conduce a la delimitación territorial de los grupos y a la formación de un orden jerárquico. La agresión territorial ha favorecido la difusión del hombre por la tierra y el poblamiento de territorios improductivos cuando un pueblo más agresivo o más adelantado en la técnica del armamento arrinconaba a otro, que se batían en retirada...⁷

Por su parte, el mismo Alland considera que: “Los manidos análisis del estilo de los que equiparan la guerra con la agresividad innata sólo pueden satisfacer a quienes desean preservar el *statu quo*”.⁸

Dándose así un ejemplo de *guerra de paradigmas*, en la que no se permite que los elementos constitutivos del fenómeno, tanto biológicos como socioculturales, puedan darnos las claves para el análisis multifactorial que parece ser necesario.

Desde la antropología física, Santiago Genovés apunta:

*... lo que pudiera haber de innato en los fenómenos de fricción, conflicto, agresividad y violencia es, sería y será cada día más un porcentaje despreciable [...] la violencia es multifacética [...] no podemos atribuirle a una sola causa en la mayoría de los casos, bien sea interindividual, de grupo, nacional o internacional.*⁹

Ahora bien, concretamente desde la *antropología del comportamiento*, las interrogantes parten y giran en torno a la búsqueda de una especificidad *Homo sapiens* del fenómeno de la guerra, pero no con base en determinismos, sean éstos biológicos, sociohistóricos o psicoafectivos. En debate con otras perspectivas, tales como la psicología, la etología y recientemente la sociobiología, los porqués tienden a ser respondidos a través de la búsqueda de

⁷ I. Eibl-Eibesfeldt, *Amor y odio*, Siglo XXI Editores, México, 1972, p. 70.

⁸ Alland, *op. cit.*, p. 13.

⁹ S. Genovés, *La violencia en el País Vasco y en sus relaciones con España*, UNAM, México, 1980, pp. 14-19.

casualidades, planteando interrogantes del tipo de: ¿es la guerra el producto evolutivo de un instinto de agresividad?, ¿sus raíces se hunden en el instinto de territorialidad?, ¿es el producto de una inexistencia de instintos en la especie humana, que impide el control natural (biológico) de conductas agresivas y/o territoriales? Y así sucesivamente...

Para un análisis freudiano, muy probablemente el origen de la guerra, en tanto que fenómeno humano, parte de la misma lucha interna entre los elementos de la estructura yóica: el *yo*, el *super yo* y el *ello*, y por la interacción constante entre dos pulsiones: *Eros* y *Tánatos*; mientras que el conductismo watsoniano, al proponer la *teoría de la hoja en blanco*, considerando que la realidad humana se construye mediante condicionamientos sociales, presupondría que el origen de la guerra está en los conflictos internos de los grupos sociales, actuando a nivel de los individuos, más que de la especie misma.

En ninguna de ambas propuestas se vislumbra, sin embargo, el surgimiento mismo del problema a tratar. Tales concepciones parten

del *Homo sapiens* moderno, social y con un bagaje cultural e histórico, pero sin vinculación alguna con el resto de la vida animal. Desatienden el fenómeno de la evolución, donde quizás podamos encontrar algunas de las explicaciones del porqué de la guerra. Con instintos o sin ellos, con o sin pulsiones o condicionamientos sociales, la guerra y otras muchas actitudes, aptitudes, conductas e instituciones son claramente un hecho humano. ¿Pero, cómo, por qué, de dónde surge?

Para que se desencadenen las guerras —como la del Golfo Pérsico—, sin duda existen antecedentes históricos que pueden explicar motivaciones inmediatas, igual que factores psicológicos que influyen en el hecho en sí, en el devenir de los acontecimientos: factores sociales, culturales, económicos... factores psicológicos... Pero en última o primera instancia, las guerras son posibles porque están dentro de las capacidades comportamentales de *Homo sapiens*, adquiridas por evolución y modeladas históricamente, que se significan como desencadenantes. La guerra, por ende, se manifiesta como un *rasgo epigenético* de *Homo sapiens*.

Desde la sociobiología (que en ocasiones parece querer conciliar lo que algunos llaman ciencias naturales y ciencias sociales), una base explicativa del devenir de las formas biológicas radicaría en la expresividad de *genes egoístas* y *genes altruistas*, centro de nuevas polémicas por el corte biologicista que imprime a las explicaciones. Aunque ya en una posterior discusión, digamos que menos metafórica, acercándose a los aportes tanto de la psicología y la etología como de la antropología, con el fin de penetrar en los orígenes y los procesos de la realidad *Homo*

sapiens, con sus acontecimientos (la guerra, entre ellos), el discurso sociobiológico pretende encontrar una dinámica retroalimentada entre lo biológico y lo cultural; así, Lumsden y Wilson expresan que: "Todos los acontecimientos quedan vinculados en un circuito de causación que va desde los genes hasta las reglas del desarrollo mental y la cultura y de vuelta a los genes".¹⁰

El juego intraespecífico e interindividual, como un medio de aprendizaje, y los ca-



¹⁰ C. Lumsden y E. O. Wilson, *El juego de Prometeo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, p. 68.

prichos, vinculados sin duda al azar y a la variabilidad de las capacidades, aparecen en la sociobiología como posibles fuentes o factores de desarrollo de complejos comportamientos con valor selectivo-adaptativo, tanto territoriales como agresivos, que pueden originar instituciones socioculturales como la guerra. Recurriendo a la etología, los mismos autores comentan:

Tales caprichos a veces pueden convertirse en ventajas. Uno de los machos subordinados que estudió Jane Goodall en el Parque Nacional de Gombe Stream, en Tanzania, aprendió a hacer chocar dos latas vacías de kerosene. Aprovechó luego el extraordinario movimiento y ruido para intensificar sus muestras de amenaza, y como resultado en pocos días llegó a dominar a machos mayores de su tropilla.¹¹

En esta observación se hace evidente que la agresividad y la territorialidad pueden manifestarse no sólo a través de conductas directas, sino mediante *extensiones*, como palos, piedras... y latas vacías de kerosene encontradas en el medio. Extensiones que imprimen nuevas características a la expresividad comportamental de la especie y acentúan su capacidad adaptativa, permitiendo un mayor rango de variabilidad y adecuación, que repercute directamente en la

dinámica evolutiva, y posteriormente —a nivel *Homo sapiens*— histórica, determinando nuevas adecuaciones. Al respecto, cabe recordar lo ya apuntado por Edward T. Hall en relación con las extensiones:

[...] las especies, una vez comienzan a utilizar el medio ambiente como herramienta, ponen en marcha toda una serie de transformaciones ambientales nuevas y muchas veces imprevistas que exigen un posterior reajuste.¹²

Las extensiones, a nivel humano, constituyen la cultura (instrumentos, instituciones, sistemas de parentesco, etcétera), por lo que la *guerra*, de algún modo, puede concebirse como la expresión misma de una interacción entre motivaciones de las capacidades y extensiones específicas de *Homo sapiens*. Por otra parte, este hecho lo confirma el que las

¹¹ *Ibidem*.

¹² E. T. Hall, *Más allá de la cultura*, editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1978, p. 32.





conductas vinculadas a la agresividad en todas las especies de vertebrados están, en mayor o menor grado, en constante interrelación con las de territorialidad (cuyas expresiones en una dinámica social, y en virtud de extensiones de todo tipo, no sólo se significan como la ocupación de un espacio, sino también como la ocupación de un *status*, de donde deviene la construcción de *dispositivos de poder*).

Para Lumsden y Wilson, con base en la información paleoantropológica de que disponemos, los orígenes de la guerra podrían remontarse a *Homo habilis* (aproximadamente dos millones de años, en tanto que productor de complejas extensiones (*verbi gracia*, una industria lítica) que incrementaban las capaci-

dades y modalidades de agresividad y territorialidad en el devenir evolutivo de los homínidos. No sin humor rematan la referencia a otra observación etológica, que alude a las extensiones de que habla Edward Hall, para proponer el posible paso hacia la violencia intraespecífica que constituye el epicentro comportamental de la guerra:

*Otro chimpancé parcialmente inválido, observado por Geza Teleki, compensaba su falta de movilidad durante la caza estrellando repetidas veces la cabeza de una presa contra los troncos de los árboles. ¡Cuán fácil sería evolucionar hacia un comportamiento más humano y pasar de golpear un palo con una cabeza a golpear una cabeza con un palo!*¹³

No obstante, el análisis sociobiológico con frecuencia implica también reduccionismos peligrosos. El estudio del comportamiento y de la evolución del mismo, aunque puede auxiliarse con el recurso del método comparativo, no debe partir de un anecdotario de observaciones primatólogicas que en un momento dado se ajusten al argumento que se defiende. Es indispensable abordarlo a través de la exploración de las dinámicas y los procesos que conducen hacia la hominización. En este proceso, muy probablemente la guerra, a partir de escaramuzas, ritos y ceremoniales que involucran otro universo de extensiones, se significó como un elemento adaptativo, de sobrevivencia, no sólo de la especie sino de grupos.

Cabe suponer que innumerables factores entran en juego para la constitución de una responsividad que incluya la guerra como extensión comportamental en sí misma. Los *imperativos fisiológicos*, tales como el hambre y la sed, generan en las formas biológicas una diversidad de estímulos, que influyen sobre *reactivos comportamentales* (*verbi gracia*, gregariedad, miedo, excitabilidad sexual y desconcierto), de los que se desprende una expresividad de conductas correspondientes a los *imperativos comportamentales*, a saber: *territorialidad, agresividad, sexualidad e inquisitividad*.

Fenómenos comportamentales como la guerra, que se significan además como extensiones, modalidades de adecuación, etcétera, difícilmente pueden ser el resultado de un solo factor desencadenante. Buscar sólo en la territorialidad o únicamente en la agresividad los orígenes evolutivos de comportamientos, que a su vez se enriquecen con nuevas extensiones, tales como una diversidad de armas, vestimentas, adornos, camuflajes, edificaciones, etcétera, implica simplificaciones inadmisibles.

La guerra comportamentalmente emerge de la interacción constante de los cuatro *imperativos comportamentales*.

La territorialidad, la agresividad, la sexualidad y la inquisitividad en una especie no sólo tan gregaria como la humana, sino además ontogenéticamente altricial (dependiente para su desarrollo de una gran inversión parental), se expresan a través de conductas matizadas, que de ninguna manera siguen la dinámica del estímulo-respuesta, sino de la *efectivización de estímulos capaces de generar diversidad responsiva*. Del mismo modo como el amar o el temer, el atacar y el defender en el *Homo sapiens* manifiesta modalidades y estilos de expresividad que

¹³ *Ibidem*.

involucran simultáneamente experiencias y expectativas, enfrentando una situación que se significa como estimulación endo-exógena afectiva... situación constituida por elementos del deseo, del miedo, de la gregaridad, de la incertidumbre. Finalmente, y como lo expresa Alland: "La guerra es una solución entre otras".¹⁴

Ahora bien, entre los paradigmas que se aferran a una causalidad exclusivamente sociocultural y los que se inclinan sólo por una etiología comportamental de tipo biológico (*verbi gracia*, instintivista), el conflicto surge más que por encontrar la raíz de la guerra, por el deseo de explicarse las motivaciones que desencadenan las guerras... y ese es otro capítulo, un problema diferente. Si en el origen de la guerra como extensión y expresividad comportamental está la capacidad del enfrentamiento entre un *yo*, que en el *Homo sapiens* llega a estructurar una pluralidad de *mismidades* y *otredades*, para penetrar en el origen de cada guerra es necesario profundizar en las amenazas percibidas o los deseos experimentados por la mismidad frente a una otredad en un contexto situacional.

Una causalidad puramente sociocultural de la guerra es inconcebible en la medida en que es sólo a partir de la sociedad o la cultura que el *Homo sapiens* genera sus extensiones comportamentales. Como ya se ha dicho, la cultura y las formas e instituciones sociales son asimismo extensiones. ¿Es posible concebir la guerra sin la existencia de comportamientos territoriales, de miedos, de capacidades agresivas, de ansiedades, de excitabilidad, de incertidumbres...? La estructura y la funcionalidad cerebral del *Homo sapiens*, su bipedismo, la capacidad de generar lenguajes, acuerdos y desacuerdos, la posibilidad de recordar y transmitir experiencias diacrónica y sincrónicamente, así como el construir identidades (mismidades que se enfrentan a otredades), son resultados de un devenir evolutivo que se prolonga en historia.

Por otra parte, una etiología puramente biológica, un determinismo genético de la guerra, arguyendo instintos o desviaciones del o los instintos, deriva en una *deshumanización* en el sentido más estricto del término, de las capacidades responsivas de la especie humana. ¿Es posible que la diversidad etnográfica y la dinámica histórica, que permite una pluralidad prácticamente infinita de modalidades y motivaciones para la guerra estén preprogramadas genéticamente en los 46 cromosomas de la especie? De existir un instinto agresivo que por sí mismo sea capaz de producir la guerra, dicho instinto debiera ser la causa también de las mismidades y las otredades, y la estructura genotípica, así como la dinámica de tal instinto, desborda toda concepción del instinto reportada por los especialistas.

El sustrato biológico —la complejidad del sistema nervioso central de *Homo sapiens*, por ejemplo—, no contradice ni se contrapone al sustrato sociocultural de la guerra, ni de una guerra en particular. La guerra, cualquiera que fuere, sigue reglas sociales, y por ende plurales. De ahí la



diversidad etnográfica y temporal de sus manifestaciones, al mismo tiempo que responde a una dinámica comportamental de tipo evolutivo que hace posible que la especie no sólo sea capaz de responder a estímulos del medio ambiente físico, sino que también manifieste una capacidad de generarse estímulos psicológicos, económicos, políticos, ideológicos, etcétera, que finalmente configuran los medios ambientes, estilos y situaciones en que los grupos de la especie se manifiestan y expresan.

Bibliografía

- Alland, Alexander, *El imperativo humano*, editorial Extemporáneos, México, 1973.
- Eibl-Eibesfeldt, Irenäus, *Amor y odio*, Siglo XXI Editores, México, 1972.
- Genovés, Santiago, *La violencia en el País Vasco y en sus relaciones con España*, UNAM, México, 1980.
- Hall, Edward T., *Más allá de la cultura*, editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1978.
- Johnson, R., *La agresión en el hombre y en los animales*, editorial El Manual Moderno, México, 1976.
- Midgley, Mary, *Bestia y hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Montagu, A., et al., *Hombre y agresión*, editorial Kairós, Barcelona, 1970.
- Lorenz, K., *Evolución y modificación de la conducta*, Siglo XXI Editores, México, 1971.
- Lumsden, C., y E. O. Wilson, *El fuego de Prometeo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

¹⁴ Alland, *op. cit.*, p. 167.